



**ENSAYOS
ESCOGIDOS**

FLORA
TRISTÁN

Flora Tristán es, sin duda alguna, ejemplo de valor y esfuerzo de la mujer en su lucha por la liberación del yugo machista y es una figura trascendental del genio femenino. Visionaria y defensora de los derechos humanos, no dudó en condenar la explotación del hombre por el hombre en la Europa de entonces.

Su condición de mujer le granjeó un chasco enorme en su país (Francia) y en el de su padre (Perú). En ellos sufrió mucho, tanto por ella cuanto por las injusticias que veía por donde pasaba, lo que la llevó a consagrar su vida a la causa de un mundo donde la igualdad, la libertad y la fraternidad reinen soberanas. Mientras esto no sucediera, habría de nombrarse «paria». Esta edición reúne cinco ensayos representativos de su genio creador, que son además autobiográficos.

PRÓLOGO

Flora Tristán nació en París, en 1803, en plena época napoleónica. Fue hija del coronel Mariano Tristán y Moscoso, peruano, oriundo de Arequipa, mayorazgo de una antigua y rica familia virreinal; y de Teresa Laisney, francesa, de ingenio y cultura e ideas republicanas, un tanto menor que su marido. Los padres se casaron en España y fueron después a vivir cómodamente en París. Su acogedora casa era frecuentada por gente de calidad intelectual: don Simón Rodríguez, preceptor del futuro Libertador Bolívar, el propio Simón Bolívar, joven e inquieto (abatido entonces por una pena de amor: la prematura muerte de su joven esposa), el sabio Alejandro de Humboldt, su compañero de trabajo el botánico Aimé Bonpland y muchas otras gentes de espíritu y de ideas avanzadas. Teresa Laisney ha sido llamada después la confidente del Libertador, pues mantuvo nutrida correspondencia con Bolívar hasta sus últimos días.

En 1808 murió Mariano Tristán y al poco tiempo, desmedrado el patrimonio familiar, la pobreza ronda a su viuda y a su única hija. Teresa y su hija Flora emigran al campo en la imposibilidad de seguir viviendo con decoro en París. En 1818 regresan madre e hija a residir en París nuevamente, en condiciones precarias, aunque esperanzadas en el trabajo de Flora, una jovencita de 15 años. Pero a poco, en 1820, esta contrae matrimonio, un tanto prematuro y desigual, con André Chazal, grabador, en cuyo taller había trabajado ella como ayudante. Nacen dos hijos: un varón, que

muere a tierna edad, y Alina, que sería la futura madre de Paul Gaugin, el famoso y genial pintor.

Flora había heredado la inquietud cultural y el ingenio de su madre y a ello agregaba, con la experiencia de situaciones adversas en su vida, su emoción social, pronto diversificada y volcada en la acción. Mas estas preocupaciones no eran compartidas por su marido, hombre de pocos alcances y limitado horizonte. La ruptura se produjo pronto y la separación vino inevitable. La niña fue a vivir con su madre, aunque con la constante amenaza del padre de pretender mantenerla a su lado. Como la situación apremia y Flora carece de medios para educar a Alina, decide, en 1829, recurrir a los parientes ricos de su padre, sobre todo a su tío Pío Tristán, residente en Arequipa. Le escribe varias cartas y por fin logra su avenimiento para viajar al Perú y conocerlo. En 1833 emprende el viaje, que se prolonga hasta 1834. Esta visita al Perú —de la cual no logra sino desengaños respecto del disfrute de la fortuna que le correspondía por herencia de su padre— será decisiva en su vida. Escribe... a raíz de ella, las impresiones de viaje en su libro PEREGRINACIONES DE UNA PARIÁ, escrito en francés (París, Ed. Arthus Bertrand, 1838, 2 vols.), el cual provocaría una tremenda reacción en el Perú, dadas sus denuncias y sus dardos a la sociedad peruana que ella conoció. Por esa época intensifica sus publicaciones de ensayos y artículos sobre temas históricos y artísticos y entre ellos el titulado CARTAS DE BOLIVAR, en el que relata detalles de la amistad de sus padres con el Libertador. En su casa de la Rue du Bac sostiene una selecta tertulia de intelectuales y artistas y su nombre empieza a ser conocido en los círculos artísticos y literarios. Entre tanto, ha iniciado ya su prédica de propaganda social a favor de la mujer y del obrero, de los parias de la sociedad de su época. Viaja a Inglaterra varias veces, primero como institutriz, en 1826 y 1831, antes de su viaje al Perú; luego, en 1834 y 1839, como observadora y periodista, para escribir un libro reportaje que titulará PA-

SEOS EN LONDRES (París, Ed. H. L. Delloye, 1840) que alcanza 4 ediciones. Es una crítica social inspirada en las nuevas ideas que ha captado de sus lecturas de los reformadores Saint-Simón, Fourier y Owen, y de los contactos con los ideólogos Proudhon y Ruge. Ha afianzado así su credo feminista y el utopismo social. Aparecen luego otros libros que afirman aún más sus convicciones socialistas, como la novela MEPHIS O EL PROLETARIO (París, 1838) y un panfleto de invitación a la acción política organizada, titulado LA UNIÓN OBRERA (París, 1843) que también logra varias ediciones. Poco antes de morir, y ya seriamente enferma, emprendió una gira por toda Francia con el propósito de difundir sus ideas entre los obreros. Propiciaba ya entonces la unión de los trabajadores de todo el mundo, como consigna para lograr sus objetivos de lucha. Se adelantaba a las prédicas de Marx y de Engels.

Hemos reunido en esta edición, destinada a divulgar el pensamiento y la acción social de la ilustre escritora peruana, cinco ensayos que creemos representativos de su genio creador y que, al mismo tiempo, ilustran acerca de diversas facetas de su personalidad. Los dos primeros registran impresiones de su viaje al Perú, referidas principalmente a la vida social de Lima y Arequipa, al finalizar el primer tercio del siglo XIX. El tercero contiene una admonición en favor de la mujer postergada y explotada, que la caracteriza como precursora del feminismo, en cuya actividad abrió nuevos caminos en la lucha por la liberación de la mujer. El cuarto trata de las circunstancias que le permitieron conocer, en su propio hogar, a Simón Bolívar, cuando ella era una niña de corta edad y él un joven apasionado y bullente de inquietudes las más diversas, aunque coherente en sus ideas políticas con el papel de futuro Libertador, y constructor de repúblicas. Finalmente, se consignan algunas de sus impresiones sobre el estado social de Inglaterra, captadas en los bajos fondos londinenses, en cuya coyuntura se refiere especialmente a la condición deprimente, del obrero,

de la mujer y del niño expoliados por una organización injusta.

Flora Tristán, que fue capaz de enfrentarse a la pacata sociedad peruana, no hubo de vacilar tampoco, años más tarde, en condenar la explotación del hombre por el hombre en la más rica y poderosa nación de la Europa de entonces, como asimismo lo hizo en su tierra natal, en Francia, a cuya redención social se entregó con pasión y sacrificio en sus últimos años, recorriendo el país para lograr la unión de los obreros.

Flora Tristán murió en Burdeos en 1844, apenas a los 41 años de edad, pero dejó a la posteridad libros fundamentales de profundo sentimiento humanitario, de agudas observaciones de costumbres, de intensa inquietud política y social. Pero a más de ello dejó el ejemplo de una vida consagrada a la causa de lograr la felicidad de los hombres y de hacer desaparecer la explotación y la injusticia. Por eso se ha dicho de ella que fue «la mujer mesiánica» y «la precursora».

Estuardo Núñez

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

¿Qué será preciso hacer para conmover a esta sociedad corrompida? ¿Hasta dónde ha de ser necesario hundir el hierro para encontrar las carnes vivas en esta gangrena que se esfuma en putrefacción?

En nombre de aquellos que sufren, en nombre de aquellos que padecen hambre, en nombre de aquellos que se venden por un pedazo de pan maculado de lodo, en nombre de aquellos que en paralelo con los más inmundos animales se ven forzados a disputarse un pasto vil en los sumideros del crimen.

En nombre de las pobres mujeres a quienes se tarifa como carne de libertinaje en la conciencia de la prostitución y a las que se da el nombre de «mujeres de placer», porque al igual que en los réprobos del DANTE, las lágrimas se han congelado en sus ojos y la rabia de su propio dolor les hace a veces reír lamentablemente.

En nombre de esas víctimas inocentes con las que trafican la inmoralidad de matrimonios mercantilistas, y que vestidas de blanco y engalanadas de flores como las antiguas vírgenes, son conducidas al altar con objeto de que un célibe por fuerza otorgue una irónica bendición sobre su suplicio, pues un honorable padre y una madre titulada virtuosa, la han condenado, por un puñado de oro, a la tortura que inventó Mezencio: soportar los besos de un cadáver.

En nombre de los padres y madres cuyos hijos devora el Moloch social; en nombre de los hombres a quienes se mu-

tila y a quienes se envenena; en nombre de las mujeres cuyos corazones son devorados y que no se atreven a proferir sus quejas; en nombre de los niños a los cuales se tritura y cuyos cráneos son aplastados a fin de que carezcan de pensamiento y corazón.

¡Yo he vociferado, he llorado, y vosotros habéis reído! Me he impuesto silencio, me he arrastrado a vuestros pies y vosotros habéis pisoteado mi cabeza. ¿Qué es lo que soy? ¿Qué importa lo que me acontezca? ¿No he ofrendado mi vida por esa gente? ¿Y qué importa eso? Pero, agobiadme, encarceladme, calumniadme, llevad más lejos el ultraje; arrojadme cual a un perro, un mendrugo de pan por debajo de la mesa, lo aceptaré todo, menos vuestro pan. Que se me haga todo, a mí. Pero ¿y el pueblo, qué vais a hacer por el pueblo? ¡Ah, hace mucho tiempo que lo adiviné; el pueblo no debe esperar nada de vosotros. La prosperidad os embriaga; la familiaridad con voluptuosidades y remordimientos os hace temer el tedioso contacto con las ideas serias; ese pueblo os repugna y no le perdonáis el ser desgraciado y tener hambre!

¿No es verdad, mis rechonchos financistas de arreboladas y redondas mejillas, de labios siempre relucientes por los vinos deliciosos recién bebidos, no es verdad que ese pueblo con sus ojos hundidos, su tez pálida, os resulta feo?

¿No es verdad, señoras prostituidas honradas, es decir ricas, puesto que, como es sabido, estas dos palabras son sinónimas desde hace mucho tiempo?, ¿no es cierto, bellas sirenas satinadas, doradas y ambarinas; que el pueblo huele mal y que produce náuseas con sus harapos? ¿Qué reclama él, pues, y por qué se le permite entrar? Para él nada hay aquí. ¿Qué pide pan? Respondedle que no lo hay. Pero, lacayos, ¡arrojad de aquí a esa gentuza y dad un terrón de azúcar a mi pobre lebrel enronquecido por ladrar contra ellos!

¿No es cierto, vosotros todos, los elegidos de la glotonería, de las bebidas, del lacayaje, vientres siempre reple-

tos y siempre ávidos, henchidos de orgullo y rebalsantes de infamia; no es verdad que ese pueblo es muy goloso y que semejantes bribones son demasiado audaces al pretender que tienen derecho a comer?...

¿Acaso la tierra y todo lo que ella produce no os pertenece? ¿Acaso no sois vosotros sus legítimos propietarios? ¿Acaso no sois absolutamente dueños de despilfarrar lo que os sobra cuando os encontráis ya hartos y de compartir vuestro lujo con vuestros perros, antes que proveer a las necesidades de los pobres?

¡Que los pobres acudan a las Sociedades de caridad!, ¡que acudan a los hospicios de mendicantes, los mendigos!, ¡que se vayan al diablo, por último, si así les place!... ¡En cuanto a nosotros, comamos, bebamos y prostituyámonos! Para eso tenemos dinero.

¡Sí, bebed; es la sangre del pueblo! ¡Sí, comed; es la carne del pueblo!... ¡Sí, prostituíos, con las entrañas del pueblo! Y cuando extenuados y hartos os durmáis repletos, será él, ese pueblo, el que despierte, hambriento y terrible.

¡Y cuando vosotros hayáis terminado, él empezará!...

¡Sí, bebed; mas, tened cuidado! ¡También vosotros tenéis sangre en las venas!...

¡Comed, pero tened temor! ¡Pues vuestra carne se está cebando cual conviene a la de las reses!...

¡Prostituid, mas, estremeceos de espanto! ¡Pues mujeres e hijos tenéis!

Yo he sido mujer, he sido madre, y la sociedad me ha destrozado el corazón.

Fui asesinada, porque protesté contra la infamia; y la sociedad me ha vejado al condenar penosamente suyo a mi asesino^[1].

En el presente no soy ya una mujer, no soy una madre; ¡soy tan solo la paria!...

¡Pues bien, hermanos y hermanas! Cuando haya sucumbido en la guerra contra vuestros opresores, os legaré este libro; espantoso, para ellos; portador de esperanza y de

consejos para vosotros... y ellos no se atreverán a condenarlo.

Porque yo no os predico la rebelión. La rebelión, la sedición, es un crimen de un puñado de revoltosos. Un pueblo no se rebela jamás; él se levanta cuando llega su hora, y no precisa que se lo digan.

Yo no ataco a la propiedad, como dicen. ¿Acaso podría, por ventura, alentar a los ladrones, yo, que los perseguiría hasta bajo el manto de los jueces?...

Yo no ataco a la moral: compruebo que nuestros pretendidos moralistas son los más inmorales de los hombres. Yo no ataco a la religión; pues es en nombre suyo por lo que levanto la voz para denunciar el egoísmo y la mendacidad de sus ministros.

¡Yo escribo para que sepáis, para que comprendáis; grito para que me oigáis; mando adelante para mostraros el camino!

Leedme pues, hermanas y hermanos; y si creéis en la abnegación de una hermana, seguidme.

Un hombre llevó su abnegación hasta la muerte, y el testamento que legara constituye el Evangelio.

Pues bien; yo, quiero llevar a cabo lo que soñara sin duda la pecadora Magdalena, al pie de la cruz.

Y quiero amar como Él amó, y morir como Él murió, a fin de poder fecundar la viudez del Evangelio y transmitir una herencia para confundirla con la suya.

¡También yo preciso de un Calvario para proclamar desde allí, al morir, la emancipación de la mujer!

DIOS

¡Pobres mujeres, pobres parias, corazones hambrientos de libertad y de amor, mujeres del pueblo que trabajáis para vivir y que no vivís! ¿Creéis en Dios?

¿Qué es Dios para el paria? ¿Acaso el padre de todos los seres? Pero, ¿cómo podría conocer a un padre el paria, cuando su madre, la naturaleza, se prostituye a los extraños y no alimenta a su hijo?

Si es un padre, ¿dónde su amor? En este mundo el paria vive rodeado de odio, o de un menosprecio más punzante aún que el odio mismo, o de un olvido más aplastante aún que el desprecio.

Si es un padre, ¿por qué no alimenta a sus hijos y cómo no impide a los más fuertes o más audaces, el adueñarse de la parte de los humildes o tímidos?

Si a vuestra manera de ver, es un padre, ¿cuál será la parte que nos tocará de sus riquezas? Los ricos nos han desheredado de la tierra: ¡los sacerdotes nos desheredan del cielo!

Decidme, Monseñor Obispo, miradme bien de frente; yo no os pido limosna, pero a vos os pagan para instruir al pueblo y yo os interrogo.

Vuestro Maestro, Jesús, ha dicho: «Bienaventurados los pobres», ¿y por qué vosotros los habéis excomulgado?

Esto que os digo, os irrita; no obstante, escuchadme aún y respondedme. ¿Es que por ventura en vuestros elegantes templos hay un lugar honrado en el cual pueda reposar un pobre?...

No es posible llegar a Dios, decís, sino por medio de los sacramentos de la Iglesia, y no existen otras vías que las por Él establecidas para comunicarse con los hombres; pero ¿existen, por ventura, sacramentos para el pobre?

¿Le otorgaríais los sacramentos de los vivos a aquel a quien se niega la vida; o los de los muertos, si ni aún en el número de ellos puede ser contado?

¿Quién será padrino del hijo del paria, quién responderá por él en el bautizo?... ¿A qué parroquia lo habíais de presentar? ¿Tiene, por ventura, un domicilio?

Permanecerá, pues, culpable del pecado original porque nació sin dinero y sin recursos; y convenid conmigo: en

eso, sobre todo para vos, consiste el pecado original más irreparable.

En la medida que crezca, si el paria quiere acercarse a Dios, por lo menos deberá presentarse al confesionario. «Mi autoridad se limita a esta parroquia», le dirá, sin duda alguna, el sacerdote, si es que se molesta en tomarlo en cuenta; quizás añada: «¿A qué parroquia pertenece usted?».

«A la parroquia de la miseria», contestaría el infeliz. «Pues entonces, desdichado, confiésate con el demonio, que la horrible parroquia que acabas de nombrar solo tiene una metrópoli: el infierno».

Yo he oído a sacerdotes a quienes se esperaba en el confesionario, preguntar si se trataba de un señor o de un hombre, de una dama o de una mujer.

¡Miserables que colocan a la humanidad en el Index y que se excomulgan del género humano para aprisarse con la aristocracia, sin duda con el fin de que su Cristo sepa dónde encontrarlos cuando venga a salvar hombres y mujeres, y a castigar a los ricos a quienes tantas veces maldijera!

¡Malvados sacerdotes, bien veis que, según vuestro propio parecer, no hay Dios para los pobres!

¿Puede, por ventura, el niño pobre, deshecho por dieciséis horas^[2] de trabajo diario en los engranajes de las máquinas que funcionan para vosotros, ir al catecismo para oír vuestras enseñanzas; y si llegara a oírlas, cómo podría escucharlas? Seguramente dormiríase y vosotros lo haríais ponerse de rodillas para hacerlo descansar de sus fatigas.

¿Existe, acaso, una primera comunión posible para todos aquellos pequeños desgraciados que, casi desde el nacer, comulgan con todas las depravaciones físicas y morales, sin ser por ello menos inocentes ante la sana razón?

¿Hay acaso matrimonio para los parias? Sus amores no pueden desarrollarse más que en el vicio, pues no les está permitido echar hijos al mundo.

Y si anhelan recibir la bendición de la Iglesia en sus postreros instantes, vense precisados a mendigar un lugar en el hospital, a fin de que la caridad pública pague al médico, al sacerdote, la extremaunción y los últimos medicamentos.

¡Malos sacerdotes; bien sabéis que vuestro Dios no es el Dios de los pobres, y que, según vosotros mismos, para los parias no existe Dios!

¡Pues bien, yo os digo que si hay un horrible fantasma, digno de ser el gran paria del cielo, ese es vuestro Dios, malos frailes! ¡Ese es el Dios falso que hacéis a vuestra imagen!

¡Que él sea maldito, como maldice él a quienes sufren!
¡Que sea proscrito, como proscribiera a quienes lloran!

¡El Dios nuestro, pobres parias, es la justicia eterna! ¡Y sabemos que ella llegará cuando vuestro tiempo haya pasado!

¡Sin duda preferiríamos un cielo desierto al que vuestra horrible Divinidad habita; pero nosotros sabemos que en el infinito no existe el vacío, y porque creemos en el ser por el movimiento, y por el movimiento en la vida, y por la vida en el progreso y por el progreso en el porvenir, por todo ello sabemos que existe un Dios!

¡Sí, es para los parias para quienes existe un Dios en el cielo. Se llama: porvenir. Se llama: justicia. Se llama, a la vez, misericordia y venganza; pues Él perdonará y también Él castigará!

¡Oh, creamos en Él, para unimos en una misma fe y para ser fuertes, pues tan solo la fe es fuerte, y es por ello que se dice que salva!

Creemos que Él nos ayudará si nos ayudamos nosotros mismos; creamos que nos salvará, si nosotros queremos todos juntos salvamos.

Mujeres, hermanas mías, no permanezcáis ociosas en el combate que se prepara, pues el más amante será quien venza.

Entended bien que no os induzco al olvido del deber, sino que os enseño a conocer el más santo de vuestros deberes.

Dios os creó por amar; y bien, ¿qué es amar? Es elegir; para amar pues, es preciso ser libre.

Hermanas mías: No seáis más esclavas cuya carne se vende, y cuyo corazón se ahoga; seguid más bien mi ejemplo, protestad y morid.

No seáis más las prostitutas del interés sórdido; no seáis ya las sirvientas de la brutalidad del hombre.

Mirad a Cristo y ved como Él protestó contra los tiranos: Cristo está viudo en el cielo y espera una esposa. Mujeres, sabed que Dios mismo no puede violentar la voluntad de un hijo. ¿Anheláis ser libres?...

EL HOMBRE

Hace dieciocho siglos apareció un pretor de Judea, en un balcón de piedra, por debajo del cual un populacho fanático y envilecido se agolpaba gritando; y esbirros arrastraban, por medio de cuerdas ensangrentadas y envuelto en purpúreos harapos, algo que tenía vida, lloraba y sangraba, que carecía ya de forma, tantas eran las llagas que lo cubrían, tantas las cuerdas, tantos los harapos y tantas las espinas; y mostrando al pueblo ese producto de la tortura, al pueblo, Poncio Pilatos dijo desdeñosamente: «He ahí al hombre».

Pues bien, a ese hombre que muriera entonces por el pueblo, se le adora desde hace 1,000 años como a un Dios; «ese es el hombre», es decir, ese es el pueblo (pues ya lo tenemos dicho, tan solo hay un hijo del pueblo que se puede considerar que sea hombre; el otro es un señor); hoy, como decía, dieciocho siglos después de esa fecha,

aún se asemeja el pueblo al desgraciado mártir a quien Poncio Pilatos designaba con estas palabras: «Ecce Homo».

Os pregunto a vosotros, filántropos modernos y fabricantes de moral, ¿cuánto vale un hombre en nuestra sociedad moderna? No hablo ahora de su trabajo ni de la manera cómo se le explote; ¿cuánto vale la vida de un hombre, pura y simplemente; y cuánto daría la sociedad por salvarlo? Si está a punto de alcanzar la orilla, 15 francos; si está en la miseria, nada...

El triste «Ecce Homo» de Pilatos debió al menos haber sido pagado un poco más.

¿Qué es un hombre en la sociedad moderna? No hablo del capitalista; un capitalista no es un hombre, es un propietario, y esta es la razón que lo dispensa ordinariamente de ser humano.

Un hombre es una fuerza productora, cuya explotación cuesta tanto y rinde tanto. Era precisamente igual en tiempos de la esclavitud, con una diferencia: que el esclavo tenía el trabajo y el pan asegurados.

Un hombre es una bestia de carga, a quien se está eximido de alimentar cuando no trabaja o cuando ya no puede trabajar.

Y si se teme a sus manos inactivas, se las agarrota bajo pretexto de que no quiere pagar al César el tributo; y si solicita su libertad, se le responde que es rey y se le otorga como un irrisorio cetro el garrote que sirve para golpearlo, y como corona las zarzas de la miseria y de disgustos de todo orden que no permiten ningún sosiego a su desdichado cerebro; y, para disimular sus harapos, se los sumerge en el caudal de su sangre que mana, revistiéndolo luego con la dolorosa púrpura.

¡He aquí al hombre!... ¡ese es el único hombre, pues quienes así lo tratan, ya no merecen ser hombres; son los «GRANDES», los «SACERDOTES», los esclavos y los verdugos!

He aquí a la sociedad entera.